

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre

Redacción y Administración, Mayor, 2A La correspondencia al Administrador.

La pasada semana

No puede en manera alguna tener queja el cronista de la última semana. Comenzó dándole el adiós de despedida á la temporada oficial de feria, y quemándose como fin de fiesta una variada colección de fuegos artificiales en el muelle de Alfonso XII que gustó extraordinariamente á los diez mil y pico de espectadores que acudieron á la quema.

En los mismos momentos que los cohetes subían á las alturas, para volutar variadas luces de bengalas, y las combinaciones pirotécnicas de los hermanos Mora, se convertían en humo después de lucir sus caprichosos juegos, en el Cementerio Viejo, un montón de paja incendiado no se sabe cómo, puso en alarma á las autoridades, al pueblo, á los bomberos, á la Cruz Roja, y algunos comenzaron á hacer etcétera con los pies, del temblor que les dió, al pensar, si el fuego de la paja se comunicaría al polvorín que existe próximo á dicho cementerio, y de la exposición quedaría convertido en una informe torta de chicharrones.

Pero no pasó así apaciguadamente, la y tranquilidad renació con el estallido de la «hoguereta».

La crónica negra terminó en este último lapso de tiempo dos páginas más en su siniestro tomo.

Un niño que jugaba con una pistola no imprudentemente dejó cargada en su padre, tuvo la desgracia que se le disparase el arma atravesando el proyectil el cuerpo del desgraciado niño que falleció pocos momentos después, en medio de horroroso sufrimiento, y un pobre soldado que al ir á bañarse encontró el fin de su vida á bañarse en las saladas aguas del Mediterráneo.

Cansada ya de estar apuntalada y de dar continuamente señales de querer desplomarse, derrumbóse una casa situada en la calle de la Cruz, con tan buena fortuna que sus escombros no ocasionaron desgracia alguna, y si el susto consiguiente á los vecinos de las casas colindantes y el aviso oportuno á la autoridad local para que ordenase la piqueta demolidora redujera á solares la infinidad de casas que amenazan ruina, y dejar como un merengue aplastado á los vecinos que las habitan.

A pesar del cese oficial de la feria el salón de ésta, se ha visto todas las noches de la pasada semana, concurrencia de bellísimas jóvenes, que con los perfumes del tocado, con sus onduladas, cejas miradas amorosas,

con sus líneas y con sus sedas hacen de aquel hermoso paseo una verdadera sucursal de la Goria ó un bazar de ángeles y serafines.

Los socios del Real Club de Regatas, que no pierden detalle alguno al celebrar sus fiestas anuales, han realizado este año, sus regatas de vela y remo que como de costumbre han resultado brillantísimas.

En el trascurso de la semana que pasó á la historia, la batallona cuestión del Acañarillado, se «duchificó» de tal modo, que el conflicto que «nazaba» se ha evaporado como el humo de papiro y entre unos y otros se solucionó la cosa, y todo ha terminado como dicen los explicadores de películas cinematográficas.

Un mitin de propaganda republicana, y una numerosa manifestación para descubrir las lápidas que indican que la calle del Aire se llamará en lo sucesivo de Pi y Margall, y una corrida de novillos con muchas barbas y cuernos, es el complemento de este último período de tiempo.

Por el cuento,
OTEMA

Oposiciones en Hacienda

Debiendo dar comienzo el día 1.º de Septiembre, próximo los ejercicios de las oposiciones á plazas de oficiales de cuarta clase, conforme á la convocatoria de 7 de Abril, la «Gaceta» inserta una real orden, en la cual dispone lo siguiente:

1.º Que el Tribunal de exámenes lo constituyen: don Ernesto de Boneta y Hervias, subinspector general, jefe de Administración de primera clase, como presidente; en concepto de vocales: don Enrique Illana y Sánchez de Vargas y don Ulpiano Díaz Sánchez, jefes de Administración de segunda clase de la Intervención general de la Administración del Estado y en la Dirección general del Tesoro público, respectivamente, y don Felipe Cardiel y Velasco, jefe de Administración de tercera clase del cuerpo de Abogados del Estado, como vocal secretario don Anastasio López y López, que lo es también de tercera en la representación del Estado en el Arrendamiento de Tabacos y Dirección general del Timbre y Giro mltuo.

2.º Que para la práctica de los ejercicios se formen dos listas de examinados, figurando en la primera, los que no sean funcionarios de este

ministerio, y en la segunda los que tengan ese carácter, procediendo á examinar primeramente á aquellos por el número que obtenga en el sorteo, y después los que sean empleados por el orden que establezca el presidente del Tribunal, en vista de las necesidades del servicio, señalándose con la debida anticipación el día y hora que deberán realizar los ejercicios.

La corrida de ayer

—Chóquela V. comadre con novilladas como la de ayer tarde, se puede ir á cualquier parte, y hasta comprar una finca en Quitapellejo.

Si los toros hubiesen llevado mejor lidia; si hubiera habido picadores, (porque los de ayer ni aun por el «vestido» lo eran), si el servicio de caballos hubiese sido algo mediano siquiera, si la presidencia hubiera tenido nociones de lo que es una corrida de toros, y si todo hubiera estado más apañadillo, cosas todas, que de ellas no hay que hacer responsable á la empresa, la corrida hubiera resultado de las de P. P. y marca tres estrellas.

Aún así y todo, el público que casi llenaba por completo la plaza, salió más satisfecho que si se hubiese comido un plato de lentejas en escabechito ó quince céntimos de chicharrones.

Y vamos al decir de lo que el papel «mentaba».

Decía éste, se lidiaron seis toros de D. Antonio Arribas, de Colmenar Viejo, (lo de Arribas me convene, pero del Colmenar, pa mí que es zaranda porque cada toro tenía tipo diferente y había algunos que eran hasta marqueses).

A las cinco menos cuarto, que es como si dijéramos, una hora merada sin una piedra, ocupó la presidencia el inspector de vigilancia Sr. Ripoll y el público le saludó con las palmas de las manos.

Hicieron el paseo las cuadrillas, me huelo á queso, porque ca uno era de donde era; figurando al frente los matadores Germán Sánchez «Serenito», Juan Cecilia «Punteret» y José Alvarez «Tabernerito».

Repercuten las palmas como truenos en los miltos y sale á la arena el primero de los de Arribas, ó de donde fuere, con la divisa azul y amarilla.

Era negro mulato, apretado de cuernas y de kilos y kilómetros. De salida Punteret veroniquea medianamente.

De los de tanda admite cinco pinchazos á cambio de otras tantas caldas de los «jincos» que la empresa hizo pasar por esballos, y quedaron tendidos en el suelo, tres muestras de hueso y pellejo.

Almendrito y Chiclanero parecen como pueden y pasa el «Cochero» que dicen se liaó el astado, á manos de «Serenito», que viste azul perdido y oro en conserva.

«Serenito» se encuentra con un toro quedón y con salidas falsas hace lo que puede con bastante timidez y aprovechando, entra como los valientes y deja una mejándose los dedos, que hace doblar al toro.

Una «pléyade» de puntilleros actúan, dando la mar de puñaladas... La presidencia estaría mirando al cielo buscando al cometa H-I-E-Y.

El segundo tenía el número 3, fue cárdeno, listón y de finas astas.

Después de tomar muy acosado dos varas y media, no de percal, ordena la presidencia que le tuesten. ¿Y por qué? y le prendieron palos con carretillos Manuel García y Zúñiga sobresalieron un buen par «apretados» de Bernardo.

Punteret que luce vestido de lila con oro á golpes, después de saludar al usía, tantea al animal con uno natural y sigue con otros bajos y de atracción para sacar al toro de los tableros.

Hace una faena buena deja media, no de las caladas, ni á listas, sino delantera después otra media, tampoco de las de hilo, algo desprendida y el toro dobla y después se muere y lo arrastran.

El tercero se llamó «Pinturero» vestía de color de tinta china y usó melensa, que guateaba rizadas al natural.

Sis puyazos indecenas, por trecajadas, y el desfunde de dos «malentines» que sirvieron por caballos en la pelea del tercio primero.

Al tercer Tabernerito, solo de estamado y al tomar las tablas morlaco le empuja, cae al callejón y resulta con una fuerte contusión en la pierna izquierda que le obliga á visitar el hospital.

Después de curado volvió al ruedo entre más aplausos que los que contributaron á Azzi y Barrak.

Cofresi juega al caliche con las banderillas y la arrieta y Chiclanero con valentía prende un buen par al cuarto.

«Tabernerito» que cojeaba como el Conde, y que viste de color de cáscara de sandía con adornos de oro saludó al inspector presidente y como casi no podía andar, el «Serenito» pretende retarlo, y el público también quiere que no ma e, pero el chico granadino con mucha valentía, gran dosis de guapeza y de dignidad aprovecha los instantes entra en todo lo suyo y deja una buena estocada de la que cae «Pinturero» para siempre, jamás, amen.

Ovación, música, sombreros, cigarrillos y la oreja izquierda del toro como recuerdo.

Después del riego con gotas del líquido elemento embotado sale el cuarto que era más negro que un tizón y con unos cuernos como los entronques del alcantarillado, que ya sabrán ustedes que se ha aplacionado.

Le acosan los que montaban aquellos suspiros de jaco que en lugar de andar había adriante, caminaban «pa atrás», y el toro dice que no te pelis pa que y el presidente le dice pues toma caldo y lo sentencia á fuego con petardos.

José Pérez «Morito» que vá «pi» arriba cuasteó un buen par escuchando palmas, y se libró de ir al catre de la enfermería por un oportuno «apretazo» que dió el diestro Aranguito que estaba en el callejón.

Almendrito después de una colada deja un par.

«Serenito» sale en busca del buyanco que se tapaba en las tablas y como despatramaba mucho y quería cojer, el diestro hace una deslucida faena.

Muchos pinchazos y bastantes pares de medias doblan al toro que espita con la piel más «gujere» da que un galvillo de cerner bejotes.

«Que alegría» sentirían los que adquirieron las carnes!

«¡Jaqueón!», señalando con el rlo y de bonita lámina tué el quinto de la tarde.

«Serenito» fuerza centrífuga y Punteret y «Serenito» lo paren con verónicas á medias.

Toma cuatro achuchones de los que viajaban por el suelo en aeroplano herrados y pisa á banderillas.

En este tercio clavó un par soberbio Bernardo López Zurriño. ¡O! é los valientes!

Punteret da unos buenos passes y en uno de ellos se arrodilla ante el del Colmenar dá dos medias estocadas y acierta al cuarto intento de descabello.

Cierra plaza cuando cerraba la noche un toro marcado con el número 33 que ni es jabonero ni «horroso», por que usó bata sin forros ni bolsillos de color de incienso en grano y camará que saltaría que resultó el «Calderero».

Con más destreza que un clons cuando se tira una voltereta saltó cinco ó seis veces al callejón, dando grandes susto á los guardias á los que no eran guardias, y á los que ocupaban las contrabarreras, porque el buey metía la trompa y á un banderillero lo manda á la enfermería de un trompazo para que le pongan á nica.

Almendrito y Morito lo paren entre las sombras de la noche colgando un buen par Morito que fué aplaudido.

A la luz de la Luna que comenzaba á «circular» la arena y á la de varias «hogueretas» que con papeles impresos y manchados, llameaban diabólicamente en los tendidos, consigue «Serenito» en vez de «Tabernerito» que le correspondía matar y que no lo hizo por tener que marcharse fuera deshacerme de aquel hermoso buey difrazado con dominó de «grada», y salimos de la plaza á la misma hora que se sale del teatro de las primeras secciones.

En fin, si los toros los hubiesen lidiado uno «mejito» mejor, que hubiese habido picadores y que la presidencia lo hubiera entendido la corrida hubiese sido más alegre.

Nota.—Hay que hacer constar que los monos sabios fueron ayer los héroes de la tarde, y que merecen muchos pero muchos aplausos.

EL MERO.

Las regatas

Brillantísimas como siempre han resultado las regatas celebradas en las tardes de sábado y domingo últimos organizadas por el real Club de regatas de esta ciudad.

A las tres y media del sábado comenzaron las de vela en las que to-

herida me había servido la cena. Me dijo que el rey iba reponiéndose, que había visto á la princesa y conferenciado con Sarto y Tarlein. El general había regresado á Estreissu. Miguel el Negro yacía en su staid y junto á él velaba Antonieta de Maubán. Desde mi retiro había oído el fúnebre canto y las preces de los religiosos.

Fuera circulaban extraños rumores. Decían unos que el prisionero de Zenda había muerto; otros que había desaparecido, pero estaba vivo; aseguraban algunos que era un buen amigo del rey á quien había prestado valioso servicio en Inglaterra, en cierta aventura; y no faltaba quien sabía que habiendo descubierto las tramas del duque, se había éste apoderado de él y arrojándolo en una mazmorra. Pero los más avisados prescindían de suposiciones y comentarios, limitándose á decir que sólo se sabía la verdad cuando el coronel Sarto tuviese á bien revelarla.

Así charló Juan hasta que lo despejé, y me quedé solo, pensando, no en lo por venir, sino como sucede á menudo después de las grandes crisis, en los sucesos de aquellas últimas semanas, parádoles mental revista con verdadero sombro. Allí en lo alto se oía interrumpiendo el silencio de la noche, el ruido producido por las banderas del castillo flotante al viento ó golpeando sus astas. En una de éstas ondeaba el estandarte del duque

—Sí, todo.

Abrí una puerta, me hizo entrar y cerró. Me hallé en una sala pequeña y lujosamente amueblada. Al principio creí hallarme solo. Pero casi en seguida vi á una mujer, en pie, cerca de la ventana. Me dirigí á ella, doblé una rodilla y tomándole la mano la llevé á mis labios. No habló ni se movió. Me levanté, y á pesar de la indécisa luz noté la palidez de sus mejillas y pronuncié ducemente su nombre:

—¡Flavia!

Se estremeció ligeramente y miró en torno. Después se lanzó hacia mí, y asilándome el brazo, dijo:

—¡No estás en pie! ¡No, sientate! Estás herido. ¡Aquí, sientate aquí!

Me hizo sentar en el sofá y apoyó la mano en mi frente.

—¡Pobre amor mío!—dijo.

Por mi parte había ido allí con el propósito de humillarme, de implorar su perdón; pero lejos de eso, lo único que dije fué:

—¡Te amo, Flavia, con toda mi alma! ¡Siempre, desde el primer instante en que te vi! Para mí no ha existido desde entonces más que una mujer en el mundo y jamás existí á otra. ¡Dios me perdone el engaño, de que te he hecho víctima!

que estará desfigurado por la enfermedad. Nadie se sorprenderá de que el rey parezca tan cambiado.

Pero fuera de eso, procura é que no notes en mí ningún otro cambio. Usted me ha enseñado á ser rey.

—Señor—dije,—no merezco ni puedo aceptar los elogios de V. M. Sólo á la bondad del cielo debo el no ser hoy un traidor mayor aún que el mismo duque.

Me miró con alguna extrañeza, pero renunció á interrogarme. Su mirada se fijó en la sortija de Flavia que yo llevaba puesta. Creí que iba á hablarme de ello, pero dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—No sé cuándo volveré á verte á usted—me dijo con voz apenas perceptible.

—Tan luego vuelva á necesitarle V. M.—contesté.

Cerró los ojos. Tarlein y el médico se acercaron. Besé la mano del rey y salí con Tarlein. No he vuelto á ver al nuevo soberano.

Ya fuera de la habitación, Federico me dijo:

—E la desea verle á usted.

—¿Qué desea?

Me indicó con en ademán que no podía contar á mí pregunta.

—¿Lo sabe todo?